

Disney

¿Y si la Bella  
no se hubiera despertado?  
Durmiente

# La Bella Durmiente

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL



# La Bella Durmiente

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

*Traducción de Marta García Madera*

LIBROS 

© 2018 Disney Enterprises, Inc.  
Todos los derechos reservados  
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Primera edición: septiembre de 2018  
ISBN: 978-84-16917-91-4  
Depósito legal: B. 16.546-2018  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Consideremos al dragón

Había un dragón muerto.

Era gigante, negro y morado, y de los que echan fuego por la boca. Procedía de las profundidades del infierno y estaba muerto en algún lugar fuera del castillo. Las espinas caían desde las almenas como gotas de lluvia y hacían sonidos secos curiosamente agradables en el suelo de la muralla exterior. Muchas cosas extrañas y difíciles estaban pasando en aquella antigua fortaleza que ya había resistido un maltrato extraordinario durante los últimos dieciséis años.

El apuesto príncipe había matado al dragón con ayuda de las tres extrañas y pequeñas hadas a las que seguía en aquel momento. Sin ellas, no habría hecho nada en absoluto.

Tampoco habría sido capaz de lanzar la espada mágicamente al único punto que podía matar con facilidad a la bestia. Ni habría tenido la espada encantada ya para empezar. Sin ellas, todavía se estaría pudriendo en la mazmorra del hada malvada, esperando impa-

cientemente que pasaran cien años para poder romper el hechizo de amor verdadero, cuando fuese ya un anciano senil.

El príncipe todavía pensaba en el dragón, que daba vueltas en su cabeza como si fuera un mosquito. Un dragón muerto debería ser *algo*. Debería haber una pausa, un momento asombroso de silencio, en el que las hadas y él y cualquier otra persona que estuviera mirando respiraran hondo y reconocieran la increíble hazaña que se acababa de lograr. No se hacía ilusiones de que todo se debiera a él; pero, a ver, él era un príncipe, había un dragón y el dragón estaba muerto. ¿Acaso no debía haber un descanso... o *algo*?

Además, existían algunos detalles sin resolver sobre el dragón y su muerte. El fuego, por ejemplo. Al parecer, la bestia había incendiado casi todo el bosque. ¿Todavía estaba en llamas? ¿Quemaría los espinos leñosos que rodeaban el castillo y el pueblo? ¿Sería el lugar una hoguera gigante a punto de explotar?

¿Quedaba alguna parte del cuerpo del dragón o se había vuelto a convertir en Maléfica?

¿Había luchado contra un dragón que había tenido temporalmente forma de hada, o el hada se había transformado en la bestia?

¿El dragón procedía realmente del infierno? ¿O aquella descripción era más bien una hipérbole que había soltado el hada?

Y, pese a todo, subió adormecido y en silencio la escalera del castillo. La chica que estaba destinada a dormir cien años solamente había estado inconsciente unas cuantas horas, igual que el resto de su reino. El aire que había allí adentro ya tenía el olor a cerrado y a humedad típico de las habitaciones de las personas que no se mueven mucho, como las bisabuelas.

Las alas de las hadas producían pequeñísimos tornados de polvo que lo invadían todo.

El dragón se apagaba en su mente mientras él luchaba contra la extraña presencia de un sueño mágico, el encantamiento de las hadas

buenas que afectó incluso a aquellos a los que no iba destinado. Los pasillos tenebrosos y oscuros no hacían sino aumentar aquella sensación de nadar por el castillo mientras dirigía sus pasos hacia el sol.

Porque eso es lo que consiguió al vencer al dragón: la chica. La luz del sol.

La primera vez que la vio fue bajo el sol. Ella estaba bailando y cantando en un claro del bosque. El pelo dorado le brillaba mientras daba vueltas. Su voz era la esencia misma de un día soleado y feliz condensado en una canción. Sus pies eran tan ligeros como las motas doradas de un rayo de sol que flotan somnolientas hasta el techo.

Muy pronto besaría a la chica, rompería el hechizo, la despertaría (a ella y a todo el mundo) y se casarían y habría finales felices para todos.

O algo así. Las hadas no se explicaron con demasiada claridad cuando salieron de la nada, lo liberaron, lo ayudaron a matar al dragón y lo condujeron hasta la escalera que estaba subiendo en ese momento.

De alguna forma, aquella chica del claro del bosque estaba relacionada con hadas y brujas, con dragones y castillos. Aquel castillo familiar al que le habían llevado de niño para ver al bebé babeante que sería la mujer con la que se casaría algún día. Resultó que la chica del bosque era la princesa. No es que aquello le importara al príncipe, ya que él estaba dispuesto a cambiar drásticamente la convención y casarse con una campesina por amor.

Sin embargo, aquello era mucho más cómodo para todo el mundo.

Cuando él entró en los aposentos de ella, esas ideas quedaron descartadas en la misma pila de cenizas mentales en las que yacía el dragón.

Allí estaba su bella durmiente, y no era ninguna campesina. En ese momento, llevaba el atuendo apropiado para la princesa que él de

alguna manera siempre supo que era. Un vestido azul puro como el cielo y con alas blancas de tela en los hombros como si fuera un ángel. Tenía los labios cerrados, pero no apretados, sin sueños, sin la tensión de cualquier emoción.

Felipe se detuvo un momento, superado por la belleza de la chica.

¿Hizo un ruido algún hada? ¿Sintió él alguna fuerza externa que lo empujaba a darse prisa con el asunto? El dragón estaba muerto, había un millón de explicaciones esperando, había una chica durmiente ante él deseando despertar.

Se puso de rodillas y presionó los labios suavemente contra los de ella.

Las rodillas le fallaron de inmediato.

Se cayó. Dio con la cabeza sobre los suaves edredones y almohadones de satén de la cama.

Su último pensamiento, antes de dormirse y de que los sueños de otro se apoderaran de él, fue:

«Maldito dragón. ¿Alguien se ha asegurado de que estuviera muerto de verdad?».

# Y fueron felices para siempre, modificado

Érase una vez un rey y una reina que gobernaban su reino igual que sus antepasados, pero con aún menos sabiduría. Cazaron unicornios en lo profundo del bosque hasta que no quedó ni uno. Condenaron al destierro a todos los ancianos y ancianas sabios, a brujas y ermitaños, a sacerdotisas y chamanes que les aconsejaron seguir un camino más prudente. Celebraron fiestas para reyes y reinas vecinos que realmente llevaron al castillo a la banca rota, lo que provocó que cobraran impuestos todavía más elevados a los pobres. Después, vieron las tierras de aquellos mismos vecinos con codicia, deseando ampliar su territorio. Pero, como era un país pacífico en general, no tenían recursos militares.

Al cabo de unos años, la reina dio a luz a una niña, hecho que resultó un poco decepcionante, ya que deseaban un príncipe que heredara el reino y se convirtiera en rey algún día. Al menos era bella, tenía buen carácter y su halo de pelo dorado hacía que pareciera un querubín. Todo el mundo que veía a la princesa bebé se enamoraba de ella.



Para la ceremonia del bautizo de Aurora, el rey y la reina invitaron a todas las personas que conocían, así como a tres hadas malvadas que vivían en las zonas más tenebrosas del reino. Todos los invitados cenaron exquisiteces que se mantenían calientes bajo cúpulas doradas y comieron con tenedores y cuchillos de oro. Todos los asistentes al banquete pudieron quedarse con los cubiertos de oro y con las copas con incrustaciones de piedras preciosas que contenían un vino antiguo y de valor incalculable.

Y todos los invitados dieron regalos a la preciosa bebé: ponis blancos como la nieve, almohadas de terciopelo y seda, juguetes tallados por los enanitos más listos...

Y, entonces, llegó el turno de las tres hadas malvadas.

—Aquí está la niña, tal como prometimos —dijo el rey.

—Ahora, ha llegado el momento de que hagáis vuestros regalos —dijo la reina.

La primera hada se reía perversamente.

—Hummm. ¿Qué me dices de la belleza? Mejor que sea bella mientras es nuestra esclava durante toda la eternidad.

La segunda hada propuso:

—Yo le concederé el don de cantar y bailar. Quizá pueda entretenernos.

La tercera hada añadió:

—Yo daré a sus padres el poder que desean y la ayuda sobrenatural que necesitan para lograr lo que anhelan sus corazones. Y, cuando cumpla dieciséis años, nos llevaremos a la princesa y será nuestra.

Las tres hadas malvadas se reían a carcajadas de una forma perturbadora.

—¡No!

Escondida entre los invitados, había una de las hadas buenas que quedaban en el reino. Llevaba tiempo tratando de pasar desapercibida para evitar que la desterraran.

—Señor y señora —dijo Maléfica, dando un paso adelante. Era una figura impresionante, joven y atractiva—. No pueden hacerlo. No pueden vender a su hija a semejantes personas.

—Pensaba que habíamos acabado con todos los de tu especie —refunfuñó el rey—. No te entrometas en asuntos de la realeza, bruja. No te corresponde.

Maléfica miró con tristeza a la pequeña bebé indefensa, que todavía sonreía a pesar de lo que ocurría a su alrededor.

—Pobre criatura —murmuró—. Mis poderes no son lo suficientemente fuertes para impedir esta malvada transacción. No tal como están las cosas en este momento. Sin embargo, juro por mi propia vida que volveré para arreglar las cosas. Cuando cumpla dieciséis años, la bondad y la nobleza serán restauradas en este reino desdichado.

Y Maléfica desapareció en una nube de humo verde.

Mientras los días pasaban en el desventurado reino, la princesita Aurora crecía con gracia y belleza. Cantaba y bailaba para deleite de todos los que estaban a su alrededor.

Mientras tanto, sus padres sacaron provecho de los poderosos demonios y de la magia espantosa que les habían concedido las hadas. Libraron extrañas y terribles guerras contra sus vecinos que no solamente diezmaron a sus enemigos, sino que también castigaron a su propio reino, dejándolo yermo y pestilente. Por donde pasaba el ejército de estos reyes, sólo crecían horribles cosas negras y retorcidas.

Al cabo de poco tiempo, así era la mayor parte del mundo conocido.

Los valles tranquilos, los huertos exuberantes, los ríos brillantes y las montañas cubiertas de nieve que la reina y el rey tanto habían envidiado y deseado para ellos ya no eran más que un inhóspito terreno estéril desgastado por vientos calientes y mortíferos, y ocupado solamente por las más viles y poco naturales criaturas nacidas del mal y de la magia.

Y los monstruos, después de haber consumido todo lo demás, empezaron a fijar su horrenda mirada en el castillo de sus amos.

Al mismo tiempo, la buena princesa estaba desatendida por sus padres y solía llevar harapos, excepto en las raras ocasiones en las que el rey y la reina se fijaban en ella y decidían vestirla como a un miembro de la familia real para que todos los que aún quedaban la pudieran ver y admirar.

Aurora se tomaba aquel maltrato sorprendentemente bien, haciéndose amiga del menguante número de gatos, ratones, perros, pájaros y ardillas que vivían dentro de las murallas del castillo. Todas las personas que todavía vivían en la fortaleza sentían un cariño profundo por ella.

Sin embargo, tenían miedo a sus padres.

A los dieciséis años, Aurora, una preciosa jovencita, era plenamente consciente de que la celebración de su cumpleaños era menos importante que los acontecimientos apocalípticos que tenían lugar en el mundo que la rodeaba. Perdonó a sus padres por anticipado, porque era bastante probable que se olvidaran de aquel día tan especial, igual que habían hecho los últimos quince años.

De todas formas, se puso su mejor vestido y se preparó para saludar a todo el mundo con la gracia y el buen humor que la caracterizaban. Alguien se acordaría de felicitarla, quizá en susurros para que sus padres no lo oyeran.

Cuando el reloj marcó las doce en el día de su cumpleaños, aparecieron las tres hadas malvadas.

—Hemos venido a buscar lo que nos prometieron —dijo la primera.

—¡Ya no podemos controlar la magia que nos concedisteis!  
—protestó el rey.

—Quizá no deberíais hacer pactos con el diablo —contestó la segunda hada.

—¡Tenéis que salvarnos! —gritó la reina.

—No —respondió la tercera hada—. Ahora, debéis entregárnosla.

Aurora, confundida, miraba a sus padres y a las hadas.

—¿Qué... qué significa todo esto? —preguntó, esperando en vano no haber comprendido bien la situación.

—Tienes que irte —dijo la reina cansada, señalando a las hadas.

—No.

Igual que había sucedido dieciséis años antes, se formó una nube de humo verde y apareció Maléfica de repente. No conservaba el mismo aspecto. Se apoyaba en un bastón y su cara bella estaba demacrada y hundida. Unas túnicas negras la envolvían como si fuera un antiguo peregrino al final de un largo viaje.

—He tardado dieciséis años enteros en prepararme, pero ahora haré todo lo posible para impedir que haya más maldad en este reino —dijo, con fuerza en la voz.

Levantó el bastón y una luz verde brilló de la esfera cristalina de su parte superior.

—No tienes poder —empezó a decir la primera hada.

—¡FUERA! —gritó Maléfica.

Lanzó ambas manos al aire y un fuego verde salió disparado de su cuerpo.

Las tres hadas gritaron y se disolvieron. La esencia de su ser volvió al lugar malvado en el que habían sido engendradas.

—Oh, reyes ilusos —dijo Maléfica—. El mal que habéis hecho no se puede deshacer del todo. La tierra gritará para siempre por el daño que habéis causado. Pero quizá pueda salvar lo poco que queda.

Volvió a levantar los brazos y empezó a entonar unos cánticos. Una niebla verde fluyó de la punta de los dedos y se filtró a través de las delicadas ventanas de cristal del castillo. Bajó por los árboles negros y retorcidos que crecían en ese momento en el foso seco. Las

enredaderas y los espinos empezaron a brotar de la tierra. Crecieron rápido y llegaron más allá de las murallas del castillo, entrecruzándose deprisa como el hilo y el contrahilo del telar de una hilandera. Al cabo de poco tiempo, todo el castillo estaba envuelto en una sombra verde y tenebrosa.

Se oyeron terribles gritos de frustración en la tierra inhóspita.

Maléfica estaba agotada y dio un paso atrás con la cara más pálida que nunca.

—Estamos a salvo.

El rey estaba a punto de darle alguna especie de agradecimiento real, pero no se le permitió hablar.

Maléfica alzó la mano y él guardó silencio.

—Vosotros, en cambio, recibiréis un castigo mucho más suave del que merecéis considerando lo que habéis hecho —dijo, fríamente—. Por vender a vuestra propia hija al mal y destruir el mundo fuera de las murallas del castillo, deberíais morir. Sin embargo, como nueva reina de este castillo, mostraré misericordia y os encerraré en la mazmorra para siempre, donde podréis reflexionar sobre lo que habéis hecho y arrepentiros de vuestros actos.

Y los guardias del castillo, y las personas que vivían en su interior, no hicieron nada para detenerla. De hecho, quizá ayudaran a empujar a sus antiguos reyes escaleras abajo.

—¿Cómo que me vendieron? —murmuró Aurora—. No lo entiendo...

Maléfica puso la mano en la cabeza de la desdichada joven.

—Lo siento mucho, cariño —dijo—. Te ha pasado algo horrible a ti y al mundo que conocías. Pero, al menos, ahora tú y todos los habitantes del castillo podéis vivir, y sobreviviremos y venceremos.

Y, de esta forma, la reina Maléfica, Aurora y los supervivientes del castillo vivieron felices para siempre, mientras el mundo que les rodeaba estaba muerto y, a la vez, provocaba la muerte.